

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
Estudios sobre el Catolicismo	1
Doctrina Católica del Sacrificio en la Eucaristía	7
Jesucristo, Señor de la Iglesia	12
El uso de Obreros Laicos en la Iglesia a la Luz de la Doctrina del Ministerio	21
Bosquejos para Sermones	32

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Consultamos en la Biblia, cuál es el programa que difunde Dios, y luego, escuchamos otra vez el receptor del católico romano, y ciertamente vamos a encontrar que éste toca un disco y difunde un mensaje de la actualidad, preparado en Roma.

E. J. K.

DOCTRINA CATOLICA DEL SACRIFICIO EN LA EUCARISTIA

La doctrina oficial de la Iglesia Católica con respecto al sacrificio en la Eucaristía como también en la Misa fué concretada en la Sess XXII, cap. 1 y 2 del Tridentino.

Capítulo I

... Por cuanto con su muerte (la de Cristo) su sacerdocio no debía extinguirse, y a fin de dejar a su amada esposa, la Iglesia, un sacrificio visible, tal como lo exige la naturaleza de los hombres, con el cual (sacrificio) quedaría representado aquel sacrificio cruento que se efectuó una sola vez en la cruz, y para que la memoria de él permaneciese hasta el fin de los siglos, y su poder salutarífico fuese aplicado a la remisión de los pecados que nosotros cometemos diariamente, Cristo se declaró en la última Cena, en la noche en que fué entregado, como Sacerdote según el orden de Melquisedec, y ofreció a Dios Padre su cuerpo y sangre en las especies de pan y vino.

Capítulo II

Y por cuanto en ese sacrificio divino que se ofrece en la Misa está contenido y es incruentamente inmolado aquel mismo Cristo que en el altar de la cruz se ofreció a sí mismo por una sola vez de modo cruento, el Santo Sínodo enseña:

Que aquel sacrificio (en la Misa) es en verdad propiciatorio, y por virtud de él obtenemos misericordia y hallamos gracia para ayudarnos en tiempo oportuno, si acudimos a Dios con corazón sincero y fe verdadera, con temor y reverencia, contritos y arrepentidos. Además, aplacado por esta oblación, el Señor concede su gracia y el don del arrepentimiento y perdona crímenes y pecados, aun los muy graves. Pues la víctima es una y la

misma, y el que ahora nos ofrece (sus dones) mediante el servicio de los sacerdotes, es el mismo que entonces se ofreció en la cruz: sólo es distinta la forma en que se hace el ofrecimiento. Ciertamente, los frutos de aquel sacrificio, es decir, del sacrificio cruento, se reciben en rica abundancia mediante ese sacrificio incruento; el incruento está muy lejos de rebajar en modo alguno al cruento. Por esto, según la tradición apostólica, (el sacrificio incruento) es ofrecido con toda razón no sólo por los pecados, castigos, satisfacciones y otros menesteres de los fieles vivos, sino también en bien de los que han muerto en Cristo y no han sido aún plenamente purificados.

Del mismo tenor son las palabras de Deharbe en el Gran Catecismo Católico, quien a la pregunta: "¿Debió cesar todo sacrificio con la muerte de Jesús?" contesta con: "No, pues también en la Nueva Alianza debía haber un sacrificio perenne y perpetuo que representase el de la cruz y nos aplicase sus frutos."

Para demostrar la diferencia entre el sacrificio de la Misa y el sacrificio de la Cruz, se insiste en este catecismo: 1) en que por el sacrificio de la Cruz el mundo quedó redimido para siempre y que se dió sobreabundante satisfacción por los pecados de todo el género humano, citando Hebr. 9,26-28. Por eso afirma que el sacrificio de la Misa no fué instituido por Cristo porque después del sacrificio de la Cruz quedase por completar algo para satisfacer plenamente por los pecados del mundo, sino para que "por este sacrificio fuese representado el sacrificio cruento de la Cruz, y su memoria durase hasta la consumación de los siglos" (Trento). Después agrega: 2) "El santo sacrificio de la Misa... es una renovación real y positiva e incruenta del mismo sacrificio... El sacrificio de la Misa es, pues, verdadera y propiamente un sacrificio... La Misa es efectiva y esencialmente el mismo sacrificio de la Cruz renovado en nuestros altares." A la pregunta ¿Con qué fines ofrecemos a Dios la santa Misa? se da la respuesta: "La ofrecemos como sacrificio de alabanzas, de acciones de gracias, de expiación y de propiciación;" y después, refiriéndose otra vez a la diferencia entre ambos sacrificios (el de la Cruz y el de la Misa) se detalla: El sacrificio de la Cruz fué ofrecido para nosotros, es decir, en nuestro favor; en el sacrificio de la santa Misa somos *nosotros* los que le ofrecemos... Por consiguiente, el sacerdote en el altar no es solamente lugarteniente

del Sacerdote Eterno, Cristo, que se sirve de él como instrumento vivo para ofrecerse al Padre eterno, instrumento sin el cual no podía ofrecer este sacrificio, sino que también es el lugarteniente de la Iglesia, en cuyo nombre y por cuyo encargo ofrece este misterioso y augusto sacrificio al Altísimo. Cristo satisfizo por los pecados de todo el mundo... Pero con mucha frecuencia la abundancia y la gravedad de nuestras culpas frustran las intenciones de la bondad y misericordia divina y en algún modo ponen obstáculos a que las fuentes del Salvador derramen sus gracias, y excitan al Altísimo a imponer sin dilación merecidos castigos a nosotros, pecadores impenitentes. Era, pues, de desear que pudiésemos, mediante el santo sacrificio de la Misa, reconciliarnos con el Padre celestial y pedirle que se mostrase misericordioso para con nosotros en vista de este sacrificio inculpado de su amado Hijo, y que quisiese concedernos benignamente... las gracias que El nos mereció mediante el sacrificio de la Cruz, aceptando con bondad la satisfacción que Jesús ofreció por nosotros." Deharbe, Gran Catecismo Católico, 1895.

Estas tesis se basan sobre la premisa: Por cuanto el sacerdocio de Cristo debe ser perenne, también debe haber un sacrificio continuo; y donde hay un sacrificio, debe haber también un sacerdocio. Así escribe Moehler en la segunda mitad del siglo pasado: "Cristo dispuso lo necesario para que el único y eterno sacrificio, que ofreció en la Cruz para la reconciliación, fuese conservado eternamente para el mundo; lo hizo de tal manera que en la noche en que fué entregado, instituyó el sacrificio de la Misa y dejó en él para su iglesia la forma con que el sacrificio cruento presentado una vez en Gólgota, sea representado, repetido y renovado. Pues con las palabras: "Haced esto en memoria de mí," él ordena que, como en aquella noche sacrificó su cuerpo y su sangre en pan y vino de una manera incruenta, también posteriormente tal sacrificio sea ofrecido a Dios. La iglesia lleva a la práctica esta orden en el sacrificio de la Misa." Moehler explica esta interpretación suya del Sacrificio afirmando que aquel sacrificio en la cruz forma con toda la vida de Cristo en la tierra, su actividad y su pasión y su condescendencia continua con nuestra pobreza e indignidad en la eucaristía un solo gran acto sacrificial, que consiste en varias partes, pero de tal manera que ninguna de ellas es por sí sola el sacrificio propiamente dicho.

Esta última idea gana terreno últimamente en la teología católica. Ya no se usan los términos 'repetición' y 'renovación', sino solamente la 'representatio', que Alois Beck, (en: "La Santa Misa", explicada según la encíclica Mediator Dei, de Pío XII, Barcelona, Editorial Herder, 1959) traduce con "actualización". El Papa se expresa en aquella encíclica de este modo: "Aquella inmolación incruenta, en que por la pronunciación de las palabras consagradorias Cristo en el estado de la víctima es actualizado sobre el altar, es realizada únicamente por el sacerdote mismo como él sostiene (sustinet) en sí la persona de Cristo, pero no como representa (gerit) la persona de los fieles". Los más radicales representantes de esta interpretación del sacrificio en la misa, que niegan rotundamente las ideas de una repetición incruenta del sacrificio de Cristo en la misa, son el Benedictino Odo Casel y el Dominicano M. Schmaus. Según su interpretación no se repite el sacrificio en la cruz, realizado una sola vez, sino su signo sacramental, con que aquella inmolación histórica se hace una realidad presente. Lo que se repite no es el sacrificio de la Cruz sino su actualización (repraesentatio). Estos teólogos no consideran el culto sacrificial de la misa como un sacrificio que se agregaría al sacrificio de Cristo, sino como el único sacrificio mismo de Cristo, actualizado en el presente. Lo que la iglesia o los cristianos podrían agregar sería su entrega, su obediencia total con que se identifican con el sentimiento de Cristo, entrando, por decirlo así, el sacrificio de Cristo.

Al estudiar la explicación de la "Santa Misa" de Alois Beck, que se basa en la encíclica del Papa XII "Mediator Dei," observamos que el Papa no es un incondicional partidario de esta terminología cautelosa, porque no renuncia a los términos "renovación" y "repetición" pues Alois Beck escribe: "El verdadero fin de la Misa es la renovación incruenta del Sacrificio de la Cruz y su ofrecimiento a Dios... Así pues, mediante un acto exteriormente visible, se ofrece de nuevo al Padre celestial el Cuerpo y la Sangre de Cristo... El Redentor nos exhortó expresamente a la renovación incruenta del sacrificio de la cruz, diciendo: "Haced esto en memoria de mí." Después cita textualmente la encíclica sobre la liturgia: "Los fieles deben ofrecer aquel sacrificio junto con Cristo y entregarse a sí mismos, juntos con El." En otro pasaje de la encíclica se autoriza de nuevo el

término "renovación", pero se da a entender cómo interpreta la teología oficial de Roma este término, al decir: "No es, pues, la mera memoria de la Pasión y Muerte de Jesucristo, sino un verdadero acto de sacrificio, en el cual, el Sumo Sacerdote divino renueva, mediante su Sacrificio, incruento, lo que ya hizo en la cruz ofreciéndose a Sí mismo al Padre Eterno como el Sacrificio más agradable. Una misma Víctima y un mismo Sacerdote es el que ahora se ofrece por medio de su ministro y el que se ofreció en la cruz; sólo ha cambiado la manera de realizar dicho Sacrificio." Aquí tenemos la doctrina oficial de la Iglesia Católica en la actualidad, y Alois Beck lo sintetiza bajo la aprobación de sus superiores de la manera más concisa comentando este pasaje: "El Sacrificio de la Cruz y el de la Misa son, pues, idénticos en su esencia; pero no lo son en la forma externa de ofrecerse. La Santa Cena, el Sacrificio de la Cruz y la Santa Misa se distinguen por la forma externa con que se presentan visiblemente a las criaturas, pero constituyen una misma realidad en cuanto a su esencia. En su substancia intrínseca y esencial, La Santa Misa no es otra cosa que la *renovación incruenta, pero verdadera, mejor dicho, la actualización del Santo Sacrificio de la cruz en el Gólgota*" (subrayado por mí); "de tal forma, que en la Santa Misa no tenemos un sacrificio junto con el sacrificio de la Cruz, sino que poseemos este uno y único Sacrificio."

Queda pues como doctrina irrevocable lo establecido por el Concilio de Trento, que la misa es un verdadero sacrificio con fuerza expiatoria e impetratoria. Pero el acento se ha corrido de un modo significativo. Ya no se habla de "nuestro sacrificio" sino más bien de "Tu sacrificio", el sacrificio de Cristo que se actualiza (representatio) en la misa. Lo que nosotros sacrificamos, es nuestra entrega y obediencia con que acompañamos este sacrificio "uno y único".

Tal terminología cautelosa y, en gran parte nueva, impresionó a grandes sectores de iglesias evangélicas, particularmente a las tendencias de renovación litúrgica que adoptan ampliamente esta doctrina del Sacramento del Altar como sacrificio que se actualiza en el presente. Tanto más debemos poner énfasis en lo que es el sacrificio de Cristo según Hebr. 10,10, que por eso en la Santa Cena no se trata de un continuo sacrificio, o una actualización de aquel sacrificio consumado, sino de la reparti-

ción de los frutos de aquel sacrificio, que nos son comunicados y garantizados, cuando Cristo nos da su cuerpo y su sangre y nos consuela con sus palabras: "Dado y derramado por vosotros para la remisión de los pecados."

F. L.

JESUCRISTO, SEÑOR DE LA IGLESIA

I. — LA GOBIERNA

Estamos viviendo en tiempos turbulentos (tiempos que parecen presagiar la proximidad del Día del Juicio): tiempos de constante inquietud, llenos de violencia y luchas por obtener poder; tiempos de revoluciones, guerras, contiendas ideológicas y conquistas internacionales; tiempos de continuas luchas entre las clases sociales, entre una raza y otra, entre la ley y el crimen, el capital y el trabajo, la religión y el ateísmo.

En realidad sólo existen dos partidos: Dios y el diablo; el cielo y el infierno; los ángeles malos y los ángeles buenos; los creyentes y los incrédulos; el bien y el mal; la justicia y la maldad; el amor y el odio; la verdad y la mentira; la iglesia y el ateísmo; la fe salvadora y la fe falsa; la sinceridad y la hipocresía.

Esta lucha es tan antigua como el mundo. Después de la Caída, tal parecía que la antigua Serpiente había triunfado; pero la Simiente de la Mujer, destinada a triunfar, destruyó las obras del diablo y llegó a ser y aún es el eterno Conquistador y Señor. Dios es el Vencedor. Somos del partido que vencio, del partido de Dios, y el Señor es por nosotros, Sal. 27:1; 118:6; Rom. 8:31. Este Señor es el verdadero Señor y Maestro. Jesucristo es el único Señor de la Iglesia.

Jesucristo Rige y Governa a la Iglesia Ahora y Para Siempre

¿Quién es Jesucristo? Es el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Santa Trinidad, verdadero Dios y verdadero Hombre, nuestro ungido Salvador. Hay una lucha furiosa y continua acerca de la personalidad de Cristo.

Todo depende de una comprensión correcta de su persona. Muchos le dan jarabe de pico, como se dice popularmente, pero